

THORNTON WILDER

La mujer de Andros

Traducción de Isabel González-Gallarza

SIMÓN SE DESPERTÓ POCO ANTES DEL ALBA, ALARMADO por el sonido de unos gritos agudos y de un ajetreo inusual en el patio. Al acercarse descubrió que una anciana vociferante había franqueado la entrada y varios de sus esclavos trataban en vano de acallarla y de echarla de la casa. Reconoció a Misis. Con un gesto indicó a sus hombres que la soltaran.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—He de ver a Pánfilo.

—No está aquí.

—No puedo marcharme hasta que lo haya visto —contestó, elevando la voz en su insistencia febril—. Una vida depende de ello. No me importa lo que pueda pasarme, pero Pánfilo ha de saber lo que nos han hecho.

Simón dijo con voz queda:

—Haré que te azoten; haré que te encierren tres días en una habitación si sigues armando este escándalo. Pánfilo podrá escucharte dentro de unas horas.

Misis guardó silencio un momento y después alzó los ojos y dijo con gravedad:

—Dentro de unas horas será demasiado tarde y todo estará ya perdido. Os suplico que me dejéis verlo ahora. Él así lo desearía. No os lo perdonaría si me echaseis ahora.

—Vamos, dime qué ocurre y yo te ayudaré.

—No, vos sois quien habéis causado el daño y ahora solo él puede salvarnos.

104

Simón despidió de allí a los esclavos. Entonces se volvió a Misis y le dijo:

—¿Qué daño os he causado yo?

—Vos no deseáis ayudarnos —replicó esta—. El barco del lenón ha llegado a la isla y mi ama Glicería y todos cuantos vivíamos en casa de Crísida le hemos sido vendidos como esclavos. Nos ha despertado en plena noche el heraldo del pueblo y nos ha dicho que reuniéramos nuestras pertenencias y bajáramos al puerto. Glicería no se encuentra bien; no se la deben llevar así. Yo he logrado escapar entre las parras de una viña y he venido a buscar a Pánfilo. Vos sois el causante de esto, pues fueron los Padres de la Isla quienes ordenaron que fuéramos vendidos como esclavos para pagar nuestras deudas.

Era cierto. Simón recordó haber escuchado sin gran interés una discusión sobre el tema, asumiendo que se llevaría a cabo con la demora suficiente para poder separar a Glicería del resto de sus compañeros de infortunio. El barco del lenón visitaba Brinos

con tan poca frecuencia que los Padres de la Isla pensaban que aún se verían obligados a correr con los gastos de los huéspedes de Crísida durante muchos meses mientras aguardaban la llegada del comprador.

De pronto Misis tuvo una iluminación:

—¡Está en el templo! ¡Cómo se me puede haber olvidado que estaba bajo el voto de silencio y que seguro estará allí! —Dando media vuelta se dirigió hacia el camino.

—No debes ir a verlo al templo —dijo Simón en tono hosco—. Iré contigo al puerto ahora y saldaré la deuda de tu ama con el lenón.

Volvió a la casa en busca de su manto y luego se dirigió a la ciudad, con Misis pisándole los talones. Justo despuntaba el alba cuando Simón bajó los escalones serpenteantes que desembocaban en la plaza. Recortándose sobre el cielo brumoso vio el mástil del barco del lenón. El lenón no era solo traficante de esclavos, también era dueño de un bazar ambulante y vendía alimentos exóticos, baratijas y tejidos. En las islas lo bastante grandes, desembarcaba e instalaba una feria y un circo. Y ahora, con las primeras y frías luces del alba, Simón divisó sobre la tolda del barco una caseta de vivos colores, un oso atado con una cadena, un mono, dos loros y otras muestras de las mercancías del lenón, entre las que se contaban los desdichados de Crísida. Filocles se había quedado en tierra y llevaba dos horas de pie en el muelle dirigiendo gritos entrecortados a sus compañeros. Al ser ciuda-

dano griego no podía ser vendido como esclavo, y más tarde habría de ser devuelto a Andros.

106 Simón bajó con Misis los escalones del muelle y fueron conducidos a bordo en una barca de remos. Mientras este concluía su transacción con el negro y sonriente lenón, Misis se arrodilló ante Glicería para contarle el afortunado desenlace. Pero la noticia no alegró a Glicería. Estaba sentada entre Apráxina y la muchacha etíope, junto a los bultos de sus hatillos, y de puro cansancio apenas era capaz de alzar los ojos o mover los labios.

—No —dijo—, me quedaré aquí contigo. No quiero ir a ninguna parte.

Simón se acercó a ellas.

—Hija mía —le dijo a Glicería—, has de venir conmigo ahora.

—Sí, querida mía —le repitió Misis al oído—, debes ir con él. Todo irá bien. Te llevará a tierra con Pánfilo.

Pero Glicería seguía con la cabeza gacha.

—No quiero moverme. No quiero ir a ninguna parte —declaró.

—Soy el padre de Pánfilo. Debes venir conmigo y cuidaremos bien de ti.

Por fin, con suma dificultad, Glicería se puso en pie. Misis la ayudó a apoyarse sobre la borda del barco y allí, despidiéndose de ella, le susurró:

—Adiós, amor mío querido. Que los dioses te den la felicidad. Nunca más volveré a verte pero te rue-

go me recuerdes, pues te he querido bien. Y dondequiera que estemos, recordemos ambas a nuestra querida Crísida.

Las dos mujeres se abrazaron en silencio, Gliceria con los ojos cerrados. Por fin dijo:

—Ojalá estuviera muerta, Misis. Ojalá hubiera muerto hace tiempo con Crísida, mi querida hermana.

—Tú también has de venir con nosotros —le dijo Simón a Misis, la cual, habiendo conocido sorpresas mayores, lo siguió obedientemente.

Los llevaron en silencio hasta la orilla. Los remos del lenón golpearon el agua, se izaron sus velas de vivos colores y su mercancía abandonó el puerto rumbo a otras venturas.

El sol ya se había levantado cuando Pánfilo regresó a casa con rápidas y alegres zancadas. Allí descubrió a Gliceria apaciblemente dormida bajo el atento cuidado de su madre. No se oía un ruido en la hacienda, pues su madre, investida ya con la dignidad de sus nuevas funciones como custodia y enfermera de la muchacha marginada, había ordenado silencio absoluto. Argo estaba sentada junto a la puerta, con expresión de maravilla y contento por la llegada de esa nueva amiga. Simón se había marchado al almacén y cuando regresó, pese a su felicidad, iba de un lado a otro con la mirada fija en el suelo, pues su naturaleza era tal que lo llevaba a actuar como si nada hubiera pasado.

En los dos días sucesivos, los pensamientos de todos ellos se concentraron en la habitación en la que yacía la muchacha. Sentían sus corazones renovados por los sentimientos que la belleza y la discreción de Glicería suscitaban en ellos. Después de Pánfilo, Simón parecía ser quien mejor había entendido la reserva de Glicería, y ella la de él; entre ambos había nacido una amistad que iba más allá de las palabras. Sin embargo, esta bondad incipiente no habría de someterse a la prueba de la perseverancia cotidiana, ni habría de conocer tampoco la alternancia de la culpabilidad y el coraje renovado, pues a mediodía del tercer día empezaron los dolores de Glicería y antes del crepúsculo ya ambos habían muerto, la madre y el niño.

Aquella noche, tras muchos meses de sequía, empezó a llover. Lenta y constante primero, la lluvia cayó sobre toda Grecia. Grandes cortinas de agua anegaron las llanuras; en las montañas cayó en forma de nieve, y en el mar dejó impresas sus innumerables y efímeras gotas, como monedas sobre el agua. La mayor parte de los habitantes descansaba en sus lechos, pero el alivio de un agua tan esperada se insinuó en el ánimo de sus espíritus dormidos. Cayó sobre las hileras de urnas en las sombras, y los desvelados, los enfermos y los muertos oyeron los primeros goterones sobre los tejados bajo los que se guarecían. Pánfilo estaba despierto, tumbado boca abajo, con la barbilla apoyada sobre el dorso de la

mano. Oyó esos primeros goterones sobre el tejado y supo que sus padres, a unos pasos de él, también los oían. Había estado repitiendo para sus adentros la lección de Crísida, y le añadía las últimas y titubeantes palabras de Glicería: «No te aflijas; no tengas miedo»; y recordaba cómo, ladeando la cabeza en un movimiento apenas perceptible, ella le había indicado a su hijo, diciendo: «Dondequiera que estemos, somos tuyos». Se había estado preguntando perplejo la causa de su alegría y de la sensación de triunfo de las noches precedentes: ¿cómo podía haber estado una vez tan seguro de la belleza de la existencia? Volvieron entonces a su memoria unas palabras de Crísida. Recordó cómo le había acariciado la mano a un joven invitado que había regresado a la casa después de una larga ausencia motivada por la muerte de su hermana, y cómo le había dicho en voz queda, para no turbar a los demás huéspedes que nunca habían conocido una pérdida: «Un tiempo fuiste feliz con ella; no dudes de que el convencimiento que tenías entonces de tu felicidad es tan real como el convencimiento que tienes ahora de tu dolor». Pánfilo sabía que de todos aquellos fragmentos tendría que sacar durante las noches siguientes la entereza necesaria no solo para sí mismo, sino también para los otros; esos otros que, para su sorpresa, se volvían ahora hacia él, buscando en su rostro algún último reducto de esperanza y de valor que diera fuerza y sentido al resto de sus vidas. Pero, confuso y con el

ánimo vacilante, repetía: «Celebro la vida toda, sus luces y sus sombras».

110 En el mar el timonel soportó el aguacero, y en los prados de las montañas el pastor se arrebujó en su manto. En las colinas los lechos de los ríos, tanto tiempo secos, volvieron a llenarse, y el murmullo del agua que caía de bancal en bancal, arrastrando las piedras a su paso, resonó en los desfiladeros. Pero detrás de los densos bancos de nubes la luna se elevó radiante, brillando sobre Italia y sus montañas humeantes. Y en Oriente las estrellas iluminaron con su luz serena la tierra que pronto habría de llamarse Santa y que ya entonces preparaba su fruto portentoso.